

Capítulo 21

La Nueva Jerusalén

Apocalipsis 21

La histórica Saint Augustine, en Florida, presume ser la ciudad más antigua de los Estados Unidos. Su arquitectura española y sus playas de arena, como Saint Augustine Beach y la tranquila Crescent Beach, la convierten en uno de los lugares turísticos más deseados de Florida. Sin embargo, su verdadero motivo de fama es la Fuente de la Juventud, de Ponce de León. La Fuente de la Juventud es un manantial legendario que, supuestamente, devuelve la salud y el vigor a todo aquel que bebe o se baña en sus burbujeantes aguas.

En el siglo XVI, la historia de estas aguas curativas se unió a la biografía del explorador español Ponce de León, y San Agustín alberga el Parque Arqueológico Fuente de la Juventud. El parque es un tributo al lugar donde se dice que Ponce de León llegó por primera vez, aunque no hay documentación clara en sus propios escritos de que haya descubierto la fuente mágica.

Conocidos escritores estadounidenses como Nathaniel Hawthorne, y Orson Welles, han utilizado la metáfora de la fuente de la juventud en sus cuentos. Incluso la compañía Walt Disney entró en escena creando dibujos animados basados en la leyenda.

Las sagas de esta fuente se cuentan en todo el mundo desde hace miles de años, y aparecen en los escritos de Heródoto, Alejandro Magno y las historias del Preste Juan. Evidentemente, las leyendas sobre aguas similares también eran importantes

entre los nativos del Caribe, que contaban historias sobre los poderes curativos de las aguas en la mítica tierra de Bimini.

El problema con estas fuentes de la juventud, sin embargo, es que las personas que beben el agua “mágica” y se bañan en sus míticas fuentes siguen envejeciendo, enfermándose y, finalmente, mueren. Aunque cientos de miles de turistas han visitado la Fuente de la Juventud de San Agustín a lo largo de los años, su salud no ha mejorado.

Millones de personas en todo el mundo también buscan sus propias “fuentes” de eterna juventud. Ya sea una dieta de moda, un régimen de ejercicios riguroso, pensamiento positivo o alguna crema maravillosa para reducir las arrugas, todos anhelamos descubrir algo que prolongue nuestra vida y perpetúe nuestra exuberancia juvenil. Dentro de cada uno de nosotros hay un deseo colocado divinamente de vivir una vida larga, saludable y feliz.

El plan original de Dios era que Adán y Eva y sus descendientes experimentaran la vida al máximo, sin ninguna enfermedad, sufrimiento, angustia o muerte. La Biblia comienza con un mundo perfecto en Génesis 1 y 2, y termina con un mundo perfecto en Apocalipsis 21 y 22. El plan de Dios para su pueblo se cumplirá. Sus propósitos se cumplirán. Los últimos dos capítulos de Apocalipsis nos brindan un vistazo de ese mundo eterno.

Cielos nuevos y tierra nueva

Al final de Apocalipsis 20, termina el Gran Conflicto. El pecado y los pecadores ya no existen. Nunca más surgirá el pecado para perturbar la armonía de la Eternidad. Ahora, la atención de Juan se dirige al “nuevo cielo y nueva tierra, donde mora la justicia” sobre el que escribió el apóstol Pedro (2 Ped. 3:13). Los dos

últimos capítulos de Apocalipsis, los capítulos 21 y 22, están dedicados al destino glorioso de los redimidos en la Tierra Nueva.

En su Palabra, Dios nos ha dado un anticipo de las glorias de la nueva Tierra como un pequeño aperitivo para crear en nosotros el deseo de estar allí. Sin embargo, él no ha respondido todas las preguntas que podamos tener sobre este tema. Haríamos bien en recordar la cita de Pablo de Isaías 64:4 al estudiar estos dos últimos capítulos de Apocalipsis: “Cosas que ojo no vio ni oído oyó, ni han subido en corazón humano, son las que Dios ha preparado para quienes lo aman” (1 Cor. 2:9).

Piensa en la belleza más extravagante del arte y la naturaleza, o en el arrebató emocionante de un gran coro. Todo eso parecerá gris lúgubre, como un gong ruidoso, cuando podamos experimentar las imágenes y los sonidos del Cielo. Un día, cuando contemplemos esa gloria, cuando escuchemos esa música, reconoceremos por fin la transformación funesta que el pecado ha traído a nuestro mundo. Las asombrosas maravillas del Cielo serán mucho más que lo mejor que podamos imaginar. Serán más hermosas que la puesta de sol más gloriosa, más espectaculares que los jardines de flores multicolores más brillantes, y más deliciosas que la sinfonía más grande del mundo. A medida que pasen las edades, habrá nuevas maravillas para explorar, nuevas alturas para alcanzar y nuevos misterios para resolver. Nunca nos cansaremos de los nuevos descubrimientos del Cielo y las nuevas aventuras de la Eternidad. En el mundo hecho nuevo, nuestro conocimiento se ampliará siempre y nuestra alegría aumentará continuamente. Con eso en mente, exploremos el clímax glorioso del Apocalipsis, y descubramos cuál será el destino de los redimidos. Los últimos dos capítulos de la Biblia

no responden todas nuestras preguntas sobre el Cielo, pero nos dan una idea de cómo es realmente.

Todas las cosas son hechas nuevas

Juan escribió:

Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar ya no existía más. Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, engalanada como una novia para su esposo. Y oí una gran voz del cielo que decía: “El santuario de Dios estará con los hombres. Él habitará con ellos, y ellos serán su pueblo. Dios mismo estará con ellos, y será su Dios. Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. Y no habrá más muerte, ni llanto ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron”.

Entonces, el que estaba sentado en el trono dijo: “Yo hago nuevas todas las cosas”. Y agregó: “Escribe, porque mis palabras son ciertas y verdaderas”.

Y me dijo: “Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed, le daré gratis de la fuente del agua de la vida. El que venza heredará todas estas cosas, y yo seré su Dios y él será mi hijo” (Apoc. 21:1-7).

¡Estas son algunas de las palabras más hermosas de la Biblia! Hay mucho para analizar en estos versículos, así que

centrémonos en algunos de los detalles que Juan nos da sobre la vida en la Eternidad.

La primera impresión que recibimos de estos versículos es novedad, frescura. Hay un “cielo nuevo” y una “tierra nueva” (vers. 1). Las “primeras cosas pasaron” (vers. 4). Dios dice: “Yo hago nuevas todas las cosas” (vers. 5). No queda nada que refleje el viejo mundo de pecado. Todas las cosas son hechas nuevas.

Una Tierra nueva. En el capítulo 20, la Tierra está desolada, deshabitada, sin forma y vacía. Luego vimos que, al final de los mil años, la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, desciende del Cielo, de Dios, junto con todos los redimidos y los ángeles. Juan ve que eso sucede, en Apocalipsis 21:2.

En general, la mayoría de los cristianos piensa que los redimidos pasarán la Eternidad con Dios, Jesús y los santos ángeles en el Cielo. Es cierto, como vimos en el capítulo anterior, que los redimidos pasarían mil años en el Cielo. Pero luego, la capital del Reino de Dios viene a la Tierra. Apocalipsis 21:3 dice: “El santuario de Dios estará con los hombres. Él habitará con ellos, y ellos serán su pueblo. Dios mismo estará con ellos, y será su Dios”. Mateo 5:5 dice: “Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra”.

Verás, Dios va a volver a crear la Tierra como era en el principio antes del pecado. Cuando la Tierra llegó a la existencia de la mano del Creador, era hermosa más allá de toda descripción. Él la creó para que fuera habitada (Isa. 45:18). El pecado interrumpió los planes de Dios para la Tierra, pero ahora el pecado ha sido erradicado para siempre. Dios restaurará el Edén y esta Tierra se convertirá en la capital de su Reino. Su Tabernáculo estará aquí. Su Ciudad Santa, la sede de su gobierno, estará aquí.

Está más allá de nuestra comprensión, pero es verdad. Dios tomará este planeta en rebelión, este planeta picado de viruelas lleno de dolor y miseria, sufrimiento y muerte, pecado e iniquidad, y lo hará de nuevo. Se convertirá en el centro cósmico de todo el Universo. ¡Lo mejor de todo es que Dios estará aquí! ¡Los redimidos vivirán en la Tierra Nueva, y Dios vivirá aquí con ellos y será su Dios! Él morará con nosotros por toda la Eternidad. En lo profundo de nuestro corazón, hay un anhelo de ser amados. No importa cuán amados seamos aquí, anhelamos más. Solo Dios puede llenar ese déficit de amor y, en la Eternidad, nuestras necesidades de amor más profundas serán satisfechas en su presencia. Él suplirá todas nuestras necesidades físicas, mentales, sociales y espirituales; aquel que nos hizo sabe cómo cuidarnos. En su presencia, estaremos plenamente satisfechos.

Dios dijo por medio del profeta Isaías: “Yo crearé nuevo cielo y nueva tierra, y de lo primero no habrá más memoria, ni más vendrá al pensamiento” (Isa. 65:17). El profeta continúa diciendo acerca de los redimidos en la Tierra hecha nueva: “Plantarán viñas, y comerán su fruto. No edificarán para que otro more, ni plantarán para que otro coma. Porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis elegidos disfrutarán la obra de sus manos” (vers. 21, 22).

En la Tierra Nueva, el pueblo redimido de Dios tendrá la eternidad para realizar sus sueños y sus planes. Nada estropeará la paz y la armonía de un mundo sin pecado. “ ‘El lobo y el cordero pacerán juntos; el león comerá paja como el buey, y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte’, dice el Señor” (vers. 25). Todos nuestros miedos se desvanecerán. Nuestra mente estará en paz y nuestro corazón descansará. El jardín de la casa de nuestros primeros

padres era real. El aire era puro, los arroyos eran claros; los árboles florecían y daban frutos en deliciosa abundancia. Adán y Eva caminaban de la mano por el Jardín con el corazón lleno de alegría y gratitud. Cuando Dios restaure todas las cosas, “se alegrarán el desierto y el sequedal; el yermo se gozará y florecerá como la rosa” (Isa. 35:1).

Un día, pronto, Jesús vendrá. Y él dice: “Yo hago nuevas todas las cosas” (Apoc. 21:5). Entonces, las consecuencias del pecado desaparecerán para siempre. “No dirá el morador: ‘Estoy enfermo’ ” (Isa. 33:24). “Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y oirán los oídos de los sordos. Entonces el lisiado saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo” (Isa. 35:5, 6). Lo primero que escucharán nuestros amigos sordos será la voz de Jesús, diciendo: “¡Bien, siervo bueno y fiel!” Lo primero que verán nuestros amigos ciegos será el rostro amoroso de Jesús. Los paralíticos, lisiados y cojos correrán y saltarán de alegría cuando Jesús los libere de sus ataduras. Todas las debilidades y todas las limitaciones causadas por el pecado desaparecerán. Nuestros cuerpos se llenarán de energía y vitalidad ilimitadas.

Ya no habrá muerte, tristeza, llanto ni dolor. Es interesante cómo gran parte de la descripción de Juan de la Tierra hecha nueva está redactada en términos de lo que no estará allí. No habrá más lágrimas, muerte, tristeza, llanto ni dolor (Apoc. 21:4). No habrá incrédulos, homicidas, mentirosos ni idólatras (vers. 8). No habrá más noche (vers. 25). No habrá cosa impura (vers. 27). No habrá maldición alguna (Apoc. 22:3). En Apocalipsis 21:1, incluso dice que “el mar ya no existía más”. Si eres un amante del mar como yo, quizá te preguntes qué significa esta frase. Cuando escribió el Apocalipsis, Juan había sido exiliado por el emperador romano Domiciano a la rocosa y árida isla de Patmos. Mientras contemplaba el mar desde su punto de vista en esa isla

aislada, es posible que haya pensado en los amigos y los colegas de los que estaba separado. Para Juan, el mar significaba separación de los seres queridos. En el Cielo, tendremos la más profunda comunión con los que amamos. No habrá más separación. Pero, ciertamente, habrá maravillosos ríos, arroyos y lagos. Es imposible para nosotros imaginar cómo es realmente el Cielo.

¿Alguna vez pensaste en lo difícil que sería describir una isla del Pacífico Sur a un esquimal en los días anteriores a la televisión e Internet? Podrías hablar de playas de arena y palmeras. O la profusión de flores y las espesas selvas. Pero el esquimal no sería capaz de imaginar estas cosas o entender realmente de lo que estabas hablando. En su lugar, probablemente te encuentres diciendo cosas como: “Allí nunca hace frío. No hay nieve ni hielo. Ni osos polares ni morsas”. Puedes ver el problema que tiene Dios al tratar de hablarnos de la vida en la Eternidad, cuando el único mundo que hemos conocido está impregnado de pecado. Dios dice: “Yo hago nuevas todas las cosas”. Y le asegura a Juan que las palabras que pronuncia son “ciertas y verdaderas” (vers. 5).

El Agua de Vida. Dios también dice: “Al que tenga sed, le daré gratis de la fuente del agua de la vida” (vers. 6). Esto nos recuerda lo que sucedió cuando Moisés golpeó la roca en el desierto y brotaron ríos de agua para el pueblo, que se moría de sed (Éxo. 17:1-7). La Roca eterna golpeada en la Cruz se convirtió en agua de vida para un mundo que perece. Jesús le dijo a la mujer samaritana junto al pozo: “El que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él un manantial que brotará para vida eterna” (Juan 4:14). Jesús mismo es el Agua de Vida. Él dijo: “¡Si alguno tiene sed, venga a

mí y beba!” (Juan 7:37). La fuente del agua de la vida representa la vida misma de aquel que nos da la vida en toda su abundancia.

La Nueva Jerusalén

Un ángel le muestra a Juan la Nueva Jerusalén:

Me llevó en espíritu a un grande y alto monte, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios. Resplandecía con la gloria de Dios; y su fulgor era semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspé, diáfana como el cristal. Tenía una muralla grande y alta con doce puertas, y a las puertas, doce ángeles; y en las puertas estaban escritos los nombres de las doce tribus de Israel. Había tres puertas al oriente, tres al norte, tres al sur y tres al occidente.

La muralla de la ciudad tenía doce fundamentos, y en ellos, el nombre de los doce apóstoles del Cordero. [...] La ciudad era cuadrada;

su largo igual a su ancho. [...] Su longitud, altura y anchura eran iguales. [...] La muralla era de jaspé y la ciudad, de oro puro, semejante al cristal puro. Los cimientos de la muralla de la ciudad estaban adornados de toda piedra preciosa. [...] Las doce puertas eran doce perlas, cada puerta era de una sola perla. Y la plaza de la ciudad era de oro puro, trasparente como el cristal” (Apoc. 21:10–21).

Este pasaje revela numerosas verdades eternas. Primero, la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, es real. Es una ciudad real que Dios traerá a la Tierra desde el Cielo. Será la capital del reino que él establezca en la Tierra. La Nueva Jerusalén se convertirá en el centro neurálgico del Universo, el lugar donde mora Dios con los redimidos de la Tierra. A continuación, consideremos las dimensiones de la Ciudad Santa y descubramos algunas lecciones espirituales prácticas. Todo lo que Dios hace tiene un propósito eterno. Algunos se han preguntado si estas dimensiones son simbólicas. Cuando estudiamos las Escrituras, siempre es sabio tomar las Escrituras tal como se leen, a menos que se use un símbolo obvio y Dios interprete esas imágenes proféticas en algún otro lugar de la Biblia. Una cosa notable acerca de estas dimensiones es que cada especificación numérica o dimensión dada es el número 12 o es un múltiplo del número 12. Hay 12 puertas y 12 cimientos (vers. 12-14, 21). La ciudad tiene “doce mil estadios” de largo, ancho y alto (vers. 16). El muro tiene “ciento cuarenta y cuatro codos” de alto (vers. 17). Como vimos cuando estudiamos los 144.000 que son sellados (Apoc. 7:4-8), el número 12 representa la totalidad de los redimidos: 12.000 de cada una de las 12 tribus de Israel. De la misma manera, el uso del número 12 en la descripción de la Ciudad Santa parece tener el mismo propósito: enfatizar la ciudad como la morada de la totalidad de los redimidos. Esto se ve respaldado por el hecho de que cada una de las 12 puertas lleva el nombre de una de las 12 tribus de Israel, y los 12 cimientos de la ciudad están inscritos con el nombre de los 12 apóstoles. Esta es una unión simbólica del pueblo de Dios del Antiguo Testamento (las 12 tribus de Israel) con el pueblo de Dios del Nuevo Testamento (los 12 apóstoles). Es una forma de señalar que la Nueva Jerusalén será la ciudad de todo el pueblo de Dios desde el Edén hasta la segunda venida de Jesús.

Piensa en este hecho por un momento. Los nombres de los hijos de Jacob están inscritos sobre las puertas. Algunos de los hijos de Jacob eran sinvergüenzas. Podrían ser condenados en un tribunal de justicia por robo, adulterio, asesinato y muchos otros delitos. Considera los cimientos de la ciudad con los nombres de los doce apóstoles. Está Pedro, quien negó a Jesús. Tomás, quien dudó de él. Santiago y Juan, los hijos del trueno que codiciaron egoístamente una posición en el reino que ellos creían que Jesús habría de establecer. ¿Por qué están los nombres de las doce tribus de Israel y los doce apóstoles en las puertas? Creo que están allí para recordarnos que Cristo murió por todos: todos los hombres y las mujeres pueden ser perdonados, liberados de la culpa, salvados por la gracia, transformados, y entrar por las puertas de la ciudad santa. Si ellos entran, nosotros también podemos entrar. Por medio de Jesucristo, los que son indignos se vuelven dignos. Los que son injustos se vuelven justos. Los renegados llegan a ser redimidos. Los nombres sobre las puertas y los nombres en los cimientos de la ciudad nos llaman la atención. Nos hablan y declaran: “Si nosotros pasamos por estas puertas, ustedes también pueden entrar”.

Se dice que la ciudad tiene “doce mil estadios” de largo, ancho y alto, y que estas tres dimensiones son todas iguales (vers. 16). Un estadio equivale, más o menos, a 200 metros. ¡Esto hace que la ciudad tenga 2.200 km de largo y 2.200 km de altura! Una vez más, el énfasis puede estar simplemente en que la ciudad es lo suficientemente grande como para dar cabida a todos los redimidos de todas las edades.

Se dice que la ciudad tiene 2.200 km de altura, mientras que la altura del muro es de solo “ciento cuarenta y cuatro codos” (vers. 17), ¡o simplemente *64 m de altura!* El muro relativamente

“bajo” simboliza que Dios está más deseoso de traer hombres y mujeres a su Reino que de mantenerlos fuera.

Finalmente, cualquier palabra que Juan use para describir la ciudad es inadecuada para revelar su esplendor. El lenguaje humano no puede describir las glorias de lo que Juan estaba viendo. Él dice que la ciudad era “de oro puro, semejante al cristal puro”, al igual que sus calles (vers. 18, 21). Él dice: “Cada puerta era de una sola perla” (vers. 21). Habla de los cimientos, cada uno hecho de una piedra preciosa diferente (vers. 19, 20). Juan estaba claramente deslumbrado por la gloria y el esplendor de la ciudad que vio en la visión. Es posible que algunas de estas descripciones, bajo la inspiración y la guía del Espíritu Santo, sean las mejores que Juan pudo encontrar. Pero debemos recordar que el lenguaje humano siempre es inadecuado cuando se trata de describir las glorias de la Eternidad. Habrá mucho más por descubrir allí más allá de lo que nuestras mentes finitas pueden entender. Las glorias de la Tierra Nueva y la Nueva Jerusalén sobrepasarán lo que nuestra imaginación pueda intentar representar.

Cosas que no estarán en la santa ciudad

Juan continúa:

No vi en ella [la ciudad] templo, porque su templo es el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero. La ciudad no necesita sol ni luna para alumbrarla, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Las naciones andarán a su luz, y los reyes de la tierra le traerán su gloria y su honra. Sus puertas nunca se cerrarán de día, porque allí no habrá noche; y traerán a ella la gloria y la

honra de las naciones. No entrará en ella ninguna cosa impura, ni quien cometa abominación o mentira; sino solo los que están escritos en el libro de la vida del Cordero (vers. 22–27).

No habrá templo. “No vi en ella templo”, escribe Juan (vers. 22). Pero, en el versículo 3, escribe sobre la Ciudad Santa, que desciende a la Tierra, y añade: “Y oí una gran voz del cielo que decía: ‘El santuario de Dios estará con los hombres. Él habitará con ellos’ ” ¿Como explicamos esto? ¿Hay un santuario (templo) en la Nueva Jerusalén o no?

La palabra griega traducida como “habitar” en el versículo 3 (“habitará con ellos”) se encuentra solo en tres lugares en el Nuevo Testamento: Juan 1:14, Apocalipsis 7:15 y Apocalipsis 21:3. Literalmente, significa “morar en una tienda”. El Santuario del desierto era una tienda portátil y se llama “tabernáculo”. Así que, aquí hay una especie de juego de palabras. Puede expresarse como “El tabernáculo de Dios está con los hombres, y él habitará con ellos”. El hecho de que Dios habite (tabernáculo) con los hombres significa lo mismo que “el tabernáculo de Dios está con los hombres”. Por lo tanto, la idea principal aquí es que no hay separación entre Dios y su pueblo. En el Santuario del Antiguo Testamento, solo el sumo sacerdote podía entrar en el Lugar Santísimo, una vez al año, en el Día de la Expiación. Era inconcebible que cualquier judío común entrara en la *Shekinah*, la gloria de la presencia de Dios, ni en el Santuario del desierto ni más tarde en el templo que construyó Salomón. Decir que allí “no hay templo” afirma la asombrosa verdad, la maravillosa realidad de que cada uno de nosotros tiene acceso personal a la presencia de Dios.

El énfasis de Apocalipsis 21:3 es claro. Juan dice: "Y oí una gran voz del cielo que decía: 'El santuario de Dios estará con los hombres. Él habitará con ellos, y ellos serán su pueblo. Dios mismo estará con ellos, y será su Dios' ". La mayor alegría del Cielo es estar ante la presencia de Dios para siempre, tener comunión con él a lo largo de las incesantes edades de la Eternidad.

El versículo 22 dice explícitamente que no hay un templo en la ciudad santa porque "su templo es el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero". El Templo, o Santuario, era una lección pictórica que ilustraba el plan de salvación. Isaías 59:2 dice: "Las iniquidades de ustedes los separaron de su Dios, y sus pecados han hecho que su rostro se oculte de ustedes para no escuchar". El pecado nos separa de Dios. Antes del pecado, en el Edén, Adán y Eva tenían comunicación directa con Dios. El propósito del plan de salvación era revelar el amor de Dios ante todo el Universo y restaurar a la humanidad perdida a una nueva comunión con él. Apocalipsis 21 señala un momento en que ese plan se ha completado con éxito. La salvación se ha consumado, y ya no hay necesidad de un templo o santuario para ilustrar el plan de salvación. Dios habita personalmente con su pueblo en la Tierra Nueva.

No hay necesidad del Sol ni de la Luna. Fíjate que Juan no dice que no habrá Sol ni Luna en la ciudad ni en la Tierra Nueva. Él dice que no hay necesidad de ellos, porque la gloria de Dios ilumina la ciudad, y el Cordero es su lumbrera (vers. 23). Jesús es la Luz del mundo (Juan 8:12).

No habrá más noche (vers. 25). Juan pudo haber tenido en mente el Salmo 139:11 y 12:

Si dijera: "De seguro las tinieblas me encubrirán",

hasta la noche resplandecerá sobre mí.

Ni aun las tinieblas me encubren de ti,

y la noche es tan luminosa como el día.

La oscura saga del pecado ha terminado, y ahora el pueblo de Dios vive en su gloriosa presencia sin que las sombras de la noche lo aparten de su vista.

No habrá cosa impura (vers. 27). Juan enfatiza, una vez más, que el pecado será erradicado para siempre. Solo aquellos cuyos nombres fueron escritos en el libro de la vida del Cordero entrarán en la Ciudad Santa de Dios. Todas estas cosas estarán ausentes de la Nueva Jerusalén y de la Tierra Nueva. Pero Juan nos dice que “las naciones que hubieren sido salvas” (RVR 60) estarán allí. Los reyes de la tierra “traerán su gloria y su honra” a la ciudad (vers. 24). El Cielo es para todos los pueblos, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, educados y sin educación, reyes y plebeyos. Vendrán del este y del oeste, del norte y del sur, para entrar por esas puertas a la Santa Ciudad.

La mayoría de las ciudades antiguas tenían solo unas pocas puertas, porque eso hacía mucho más fácil protegerse y mantener alejado al enemigo. La ciudad de Dios tiene múltiples puertas, doce en total, porque él quiere que entre tanta gente como sea posible. ¡Cada persona que entre por esas puertas y todo en el Universo alabarán y honrarán a Dios y al Cordero para siempre!

En el capítulo 22, el último capítulo de su libro, Juan continúa su descripción de la ciudad y de la Tierra Nueva.